

Actualidades

La situación política.—El parlamento.

Las impresiones políticas que el telégrafo transmite—con retraso—esta madrugada, indican que el gobierno y las minorías no han llegado a un acuerdo en materia de presupuestos.

Este accidente que puede ser pasajero, complica la situación política y dificulta la función gubernamental.

No sale, aunque lo pretende, nuestra ciega política de aquellos antiguos moldes que la hacen poderosa para lo negativo y débil para realizar fecundas reformas, que le conquistarían aplausos y adhesiones en la opinión pública.

No ha tenido el Ministro de Hacienda todo el acierto que él deseaba para el difícil problema de restaurar la hacienda pública desquiciada; pero las oposiciones con su conducta vienen demostrando que viven más atentas a sus egoísmos que a las conveniencias de la patria.

Se ha visto ya que por un acta, por cualquier merced o concesión del gobierno, acentúan las minorías su benevolencia, mientras que una petición no atendida les inclina a combatir con exageración.

El país lo ve y lo lamenta, por que él sufre las consecuencias.

Las graves dificultades que suscita nuestro parlamento en las funciones constitucionales que le están encomendadas, hacen pensar en necesarias reformas.

Se está demostrando el triste caso de que bastan dos o tres diputados para entorpecer y aún esterilizar las tareas legislativas.

Para las grandes reformas que el país anhela se necesita el concurso del parlamento; y ya se ve el triste espectáculo que ofrece a la nación con su oratoria rutinaria y con su obstruccionismo dañoso.

Hasta hoy se ha pensado solamente en reformar la ley electoral para que los comicios sean una verdad; ahora habrá que aspirar a la reforma del parlamento, cuya esterilidad va siendo tan notoria.

En Madrid, preocupados y encendidos con la política al día, no se preocupan de estos problemas ni hacen caso para nada de la opinión y de las necesidades de las provincias; dormidas o alletargadas por su ignorancia y por su pereza.

Mientras que allí conferencian las minorías con el gobierno, sobre las intrigas parlamentarias, no se discuten los proyectos de ley beneficiosos a la nación para el desarrollo de la riqueza pública.

Y así vamos pasando el tiempo y el tiempo derrochado en la esterilidad y el abandono, va contra la regeneración verdadera a que aspira todo buen español.

MADRID AL DIA

La alcaldía-presidencia del Excmo. Ayuntamiento de esta villa y corte ha dado ya a luz el programa de los festejos que hemos de disfrutar los vecinos de Madrid en los próximos carnavales. No hay, en realidad, en ese programa cosa digna de llamar la atención; está cortado por el patrón del de el Conde de Romanones, de hace dos años, cuando aquí nos divertíamos a todo trapo mientras caían a centenares mal heridos nuestros soldados en las mangas de la ingrata Cuba.

Hay, sin embargo, una novedad que habla muy alto en pro de las dotes previsoras del Marqués de Aguilar de Campó; si se aguan las fiestas los días que están anunciadas no habrá por qué apurarse, porque se verificarán en los sucesivos; si llueve el domingo el lunes, y si el lunes el martes y así hasta apurar una semana y empezar con la siguiente, enlazando, si es preciso, el domingo gordo de carnestolendas con el domingo flaco de Pasión...

Es lástima que nuestros políticos no apliquen a la regeneración del país las mismas tenacidad, constancia y previsión que aplican a las bullanguerías carnavalescas el Marqués de Aguilar; es sensible que no perseveren en la obra regeneradora con el empeño de acometerla mañana, si es que es imposible hoy, o al día siguiente si es que no pudo realizarse el día anterior, pero no se hace eso, y el más insignificante nublado o la más ligera llovizna basta para aplazar y dilatar indefinidamente lo que en rigor no consiente aplazamientos ni dilaciones.

Vivimos sometidos a todos los imperios, y muy especialmente al imperio de la gárrula

charlatanería parlamentaria y no queremos someternos al único imperio justo, legítimo, necesario, al imperio de las buenas obras ya que por tantos años venimos padeciendo el régimen de las buenas palabras. Silvela dijo en cierta ocasión, no recuerdo si bajo las bambalinas del teatro de la Alhambra o bajo los árboles frondosos del parque de Liniens, que estaba dispuesto a hacer política redentora, aun cuando entre las zarzas del camino tuviera que dejar trozos de su piel y pedazos de su carne.

Hasta ahora, pese a los buenos propósitos y mejores intenciones del presidente, no han dejado él y sus compañeros más que piltrafías retóricas y trozos oratorios... Así pasan los días y los meses, hoy por el calor, por el frío mañana; ahora por las intransigencias de Villaverde, luego por las intransigencias de las minorías, diciendo los ministeriales que así, con tanto discurso no se puede gobernar, diciéndolo las oposiciones que así, con tanta estratagemas, no se puede ir a ninguna parte. Y en tanto se dá lugar a que se afirme cada día más la convicción de que por las puertas del parlamento no entra el aire puro de la calle ni tienen acceso las aspiraciones legítimas de los que a la vista de tantos males suspiran con razón por los medios de una acción enérgica y salvadora.

PEÑAFLORES.

20-2-1900.

AL ESTILO DE MI TIERRA

A D. Grabiell er de las Provincias

en su misma mano

Sin ná de dibujos ni retólicas en preguntalle por la salud, ni tenelle que icir llo ahora tamien si la mia es buena ó mala, que tuquias esas cosas no son más que andulemas cacen perder or tiempo y al remate no icen ná, voy a despicalle er motigo que me obliga a delegille la presente, pa que como persona que es osté de tanta destrucción, precure echalle una mano pa poer salir a un lao del atollero en que me encuentro metío.

Mi amo D. José, que ya sabrá osté tié más arbullo que Carlomano en la horea, asín como fequra drento de la zudiá siendo destenguio en toas las runiones de personas malloimente, qué tamien fequral por mi conconduto aquí en er partio, de ande yo vengo (que sió los años) siendo su arrendador, porquesin contal con naide y en derechura de su cabeza, ha empeñado toos los infugios que traiba con el deputao der destrito, y ma nombrao arcarde perraneo der mesmo partio.

Lla se yo, D. Grabiell, que pa osté no inquivale esa noticia, y que sabrá osté queao más fresco que estaria nuestro paere Adán cuando andaba esnuo. Pero tocante a mi persona, no sé lo que me se metió en comedio der colodrillo diquia er memento mesmo que Bartolo, er bebé del Ayuntamiento, me trujo la sopa ensalá filmá por el arcarde prencipal, y que como no me se sarga cuanti antes lo que quíu que sea, será cosa de golverme loco rematao, sino m'entra posterior angún alacrán que no haya persona que me lo colte y arremato por hacer boca é títtere.

Tó esto, don Grabiell, no es por ná, manque yó compriendo que soy mu es pa arcarde, y no sé como man metió a mí a persona de justicia sin saber ni una palotá de ná pa pollo ser; y lo que más me indina es, que hay aquí lao por lao del partio un tio Antón Boliche que sabe más que un abogado desos que libertan a los criminales, y está mu fotinchao porque tié munchas conocencias con toas las personas de la casa de los brilletos y se ha ejao icir por su misma boca dél, que está esperando que alleguen las Carrestu-liendas y el entierro é la sardina pa reirse de mí y tocarme la caracola en mi mesma trompa, asín como á moa á burla.

Pus bién, don Grabiell: Manque m' esté mal el dicillo, cuando llo fi al servicio melital, aprendí a letreal dista que pasé el salabario, der corrio y sarticao, y ahora m' alifio llo á mi moo, y en el ratiquio de vaga que me eja el cudio de los alimales, leo el peródico imprentao por osté mesmo, y por ande llo m' hallo enterao de el talento que hay metio en el celebro de la cabeza, pos sin eso ni habría expunción de Floriablanca, ni intierro é la sardina, ni tirotoe de flores, ni ná que juera dino de acarrear aquí dista la mesma Reina, lo cual que man dicho que tamien quíu traerse al hijo, asín como su agüela trujo a su paere. Y to eso naide es capar de meneallo ni llevar metio dentro é la mollera der sentio tanto gallomatias de cosas, na más que osté, por lo que bién puedeo star arbulloso de osté mesmo que con mucho menos hay una parvá de centíficos que pueden servir dista pa menistros... sígún se desplanan.

Por eso, cuando juí sabeor de las sobarbás der tio Boliche y pensé en osté, paeco que me entró un león drento del cuelpo y me reiba de busto. Porque osté sabe lo cortiquio que llo soy, y manque osté no tiene culpa de que llo sea un cepa mesmamente, tampoco vá osté a premetir que la autoriá de mi persona sea destrujá por el suelo como quisiá el tie Antón.

¿Cai cacer? Ná. Me enjareta osté con too el ese del busilis que se mereja la cuestión, un bando ó sofama, igualiquio que si osté mesmo juera el perraneo, y sin que naide güela ni media palabra de ná, llo me lujo, asín como er que no hace la cosa, en reor de toos mis avecinas, y er tio Boliche entoces, cuando me oya despicarme como si juera la persona de un Gobernador, se queará así, (aquí el letor abre to lo que puea la boca, pa fequral como la pondrá er tio Antón) y más menüo que la simiente der busano.

Y llo, por to eso, le ofrejo a osté por la salí de los zagales de mi casa, que es lo que más estima en er mundo un güen paere, las primeras brevas que eche la higuera floral que tengo en el cornijal de la erecha der bancal donde están ahora las lechubas, que son tan güenas y tan melosas que las ha de adoral osté como si jueran relias.

Y arremato ya, D. Grabiell, icéndole: que como no poemas devitar un destravio en el correo, pos muchas veces san remaneio pre-juicios de mucho ese por effeuto de la mala delición y por otra cuestión cualquiesra, pa no tener regomello nenguno en que se estralujanaica de lo que ambos dos llevamos entre manos, le enremito a osté la presente con er dador d'ella mesmamente, que como es primo mu allegao de la mujer de mi casa y er probetiquio es güeno dista ejárselo sobrao, no hay eudioo denguno de que entriegue la carta a otra persona que no sea osté mesmo, pa lo que ya vá prefestamente destruo.

Desimule osté la mala letra, y sepa que es el amo de esta probe choza ande quea a su disposición este que le b. la m.

Perete er Pintao.

POLDATA.—Las endiciales del remate, me afijé en ellas en una junción de 3 perriquias que vide en la casa de las comedias del treato quemao, y quieren icir que le besa la mano. Se lo despio por si se fequrara osté que icia argo malo.

COÑAS

El Cinematógrafo

Los vecinos de la plaza de Julián Romea se habían quedado tristes, muy tristes, por dos motivos muy justificados.

Consistía uno en haber visto arder el teatro, cuyas ruinas aun dá pena contemplar, y el otro en la desanimación que, sobre todo por las noches, reinaba en aquella plaza, tan iluminada y tan concurrida antes en las temporadas en que el incendiado coliseo estaba abierto.

Pero el tiempo a todos consuela. La animación ha vuelto a sentar sus reales en aquella plaza, gracias a la instalación de un cinematógrafo en un elegante pabellón que se ha habilitado en la misma (con permiso de la autoridad competente).

Desde las siete de la noche hasta las doce, que son las horas de función, numeroso público contempla el pabellón por sus cuatro costados, no faltando curiosos que miren por las uniones de las tablas con el fin de ver lo que por dentro pasa, sin que les cueste más que el trabajo de mirar.

Por fortuna para el dueño y para tormento de los curiosos, desde fuera no se ve nada. ¡Pues eso faltaba!

Un organillo que hay en la puerta toca una vez y otra y otra; y cuando él cesa se oye la música que en el interior ameniza las funciones.

No puede darse más animación ni más música.

Dios ha venido a ver a los vecinos de la plaza de Julián Romea; pero como la condición humana es tan pícara, no tendrá nada de extraño que ahora se quejen, si nó de la mucha animación, por lo menos de la continua música que forzosamente tienen que oír. Pero ya se acostumbrarán a oírla como quien oye llover.

Porque el cinematógrafo funcionará hasta que no pasen las fiestas de Abril. De modo que hay serelata para rato.

HERNÁN GIL.

DE MADRID

IMPRESIONES POLÍTICAS

20 Febrero 1900.

Nadie creé en los furioses de la oposición parlamentaria. Como indicaba yo ayer, el rompimiento de las negociaciones entre el Gobierno y las minorías tiene más de apariencia que de realidad. Y no podía ser de otra manera; sería ridículo prolongar mucho estos debates económicos, que ya tocan a su fin, y que han dado motivo para centenares de discursos capaces de fatigar al hacendista más apasionado.

Hay, pues, quien afirma que las Cortes permanecerán abiertas durante todo el mes de Marzo, pero lo dice con acento poco convencido. Verdad es que en las Cámaras hay buenos caloríferos, mullidos tapices, gran confort, y que en estos días de huracán irresistible, frios, antipáticos, saturados de pulmonías y de trancazo, en ninguna parte se está mejor que en el Congreso y en el Senado. Pero, no puede negarse que los ministros disponen de escaso tiempo para impulsar los

trabajos de sus departamentos, y que se echa de menos la organización política inglesa, que encomienda a los subsecretarios la misión de discutir en el parlamento la gestión ministerial.

Romero Robledo está pronunciando ahora mismo un discurso censurando al Gobierno, y especialmente a Silvela, porque tolera la propaganda separatista del meeting de Lérida. Es cierto que esta cuestión catalanista vá resultando ya muy pesada y antipática, pero no puede combatirse esa funesta tendencia sin aquella prudencia y aquel tacto que demanda toda enfermedad social. Para llegar a la extrema violencia, hay necesidad de agotar todos los procedimientos legales de represión enérgica, pero serena. Si desgraciadamente se agotan, entonces no habrá ningún español que vacile en prestar a los gobiernos cuanta fuerza y prestigio necesiten para arrancar de raíz ese insensato movimiento de algunos malos hijos de España.

Y conste que me refiero a los que aspiran a constituir una nacionalidad independiente de la española, con las provincias catalanas.

Con gran elocuencia ha dicho Romero esta tarde, que el himno *Els segadors*, es un himno de odios, de rencores; el que cantaban en 1.640 cuando asesinaron al virrey Conde de Santa Coloma, el que en todo tiempo han entonado para desahogar su odio a los demás españoles.

¡Quiera Dios volver a la razón a esos pocos locos catalanes, que afrontan el desprecio de las gentes sensatas y nos deshonran ante los extranjeros!

Y a propósito de Romero. Se insiste en los círculos políticos, en que este hombre público figurará pronto en el partido conservador. Ya saben mis lectores que soy de los que vienen prestando crédito a esa noticia desde hace bastante tiempo.

X.

El pan de oro

(Cuento ruso)

Tenia cierta viuda una hija extremadamente hermosa. La madre era humilde y modesta; pero la hija Marienka era el mismo orgullo personificado.

De todas partes acudían los pretendientes y ninguno le convenía. Mientras más deseos de agradarle se mostraban los galanes, más se hacía la desdichada la doncella.

Una noche que la pobre madre no dormía, cogió su rosario y se puso a rezar. Marienka estaba acostada en el mismo lecho y la madre contemplaba amorosa la belleza de su hija.

De pronto la niña se echó a reír dormida. —¿Estará soñando?—pensó la madre.

Después se durmió, y a la mañana siguiente dijo a Marienka: —¿Por qué te reías anoche mientras dormías?

—Porque soñaba que había venido en busca mía en una carroza de cobre un caballero que me ponía en uno de mis dedos una sortija, cuya piedra brillaba como las estrellas. Y cuando entré en la iglesia, el pueblo no tenía ojos más que para la Virgen y para mí.

—¿Hija mía, hija mía, qué sueño tan orgulloso!—dijo la pobre madre agitando la cabeza.

Pero Marienka se alejó cantando. Al día siguiente entró un carro en el patio de la casa. Un labrador acomodado iba a pedir a la niña el favor de que compartiese con él el pan del campesino.

El pretendiente gustaba a la madre; pero Marienka le rechazó, diciéndole:

—Aunque viniases en una carroza de cobre y me regalases un anillo cuya piedra brillase como las estrellas, no te aceptaría por esposo.

Y el campesino se retiró maldiciendo del orgullo de Marienka.

A la noche siguiente notó la madre que su hija volvía a reírse en sueños, y al otro día le preguntó:

—¿Qué sueño has tenido hoy?

—He soñado que venía a buscarme un caballero en un carro de plata y que me ofrecía una diadema de oro. Y cuando entré en la iglesia, el pueblo me miraba más que a la Virgen.

—¡Calla por Dios, hija mía! ¡Estás blasfemando! ¡Reza, reza para no caer en la tentación!

Pero Marienka echó a correr para no oír el sermón de su madre.

Aquel mismo día se presentó otro caballero a pedir la mano de Marienka, la cual le rechazó, diciéndole:

—Aunque hubieses venido en carroza de plata a ofrecerme una diadema de oro, no te aceptaría vuestras ofertas.

—Hija mía—le dijo la madre—el orgullo ha de conducirte al infierno.

La tercera noche volvió a reírse Marienka mientras dormía.

—¿Qué has soñado esta vez?—preguntó la viuda.

—He soñado que un gran señor, seguido de numerosa comitiva, venía a pedirme en

matrimonio. Iba en carroza de oro y me traía una falda de encaje del mismo metal. Y cuando entré en la iglesia, el pueblo me miró con asombro, no fijándose más que en mi persona.

La madre cruzó las manos y la hija se retiró presurosa para no escuchar un nuevo sermón.

Aquel mismo día entraron en el patio tres carruajes; uno de cobre, uno de plata y otro de oro: el primero tirado por dos caballos, el segundo por cuatro y el tercero por ocho, todos enjaezados de oro y de perlas.

De los dos primeros se apearon varios pajes, lujosamente vestidos, y del otro un caballero cubierto de oro de los pies a la cabeza.

Entró en la casa y poniendo en tierra la rodilla, pidió a la madre la mano de su hija.

—¿Ya se ha realizado mi sueño?—exclamó Marienka.—Ya veis, madre mía, que he tenido razón y que estáis equivocada.

Acto continuo cogió un ramo de flores que entregó al caballero como prenda de su fe. El desconocido, por su parte, le regaló un anillo cuya piedra brillaba como las estrellas, una diadema de oro y una falda de encaje del mismo metal.

La orgullosa doncella corrió a vestirse para la ceremonia, y la madre, en tanto, preguntó llena de inquietud al caballero:

—¿Qué pan ofrecéis a mi hija?

—En mi casa—contestó—el pan es de cobre, de plata y de oro. Marienka elegirá el que más sea de su agrado.

—No sé lo que eso significa—pensó la madre.

Volvió la doncella, hermosa como el sol, aceptó la mano de su prometido y se dirigió a la iglesia sin solicitar siquiera la bendición de su madre.

Cuando Marienka subió al carruaje, partió sin volver el rostro ni despedirse de la pobre viuda.

Corren al trote los ocho caballos hasta llegar a una enorme roca en la cual había un agujero, grande como la puerta de una ciudad.

Húndense los corceles en la obscuridad, estremécense la tierra y la roca tambalea y se derrumba.

La novia entonces se apodera de la mano de su esposo.

—No te alarmes, Marienka; pronto va a ser de día.

Agítanse de pronto mil antorchas; son los enanos de la montaña que con teas en las manos acuden a saludar a su señor, el rey de las minas.

Entonces supo Marienka quién era su esposo. Bueno ó malo, era tan rico que la recién casada aceptó gustosa su nueva fortuna.

Al salir de la obscuridad recorrieron inmensos bosques y atravesaron montañas que alzaban hasta el cielo sus cimas.

Todo era allí de plomo, árboles y rocas.

Al término de la selva extendiase una vasta pradera, cuyas yerbas eran de plata, y en el fondo de la cual había un castillo de oro incrustado de diamantes y otras piedras preciosas.

Allí se detuvo la comitiva, y el rey de las minas ofreció la mano a su esposa, diciéndole:

—¡Todo esto te pertenece, hermosa mía! Marienka no salía de su asombro; pero tras tan largo viaje, tenía hambre.

Así es, que no pudo ocultar su satisfacción al ver que los enanos preparaban una mesa, en la que brillaba por todas partes el oro, el cristal y los diamantes.

Sirviéronse platos admirables, de esmeraldas y de oro en soberbia vajilla de plata.

Todos saborearon con deleite aquellos manjares, menos la desposada, que pidió a su marido un pedazo de pan.

—¡Traed pan de cobre!—dijo el rey de las minas.

Marienka no pudo comerlo.

—¡Traed pan de plata!

Tampoco quiso probarlo la joven.

—¡Traed pan de oro!

Ni siquiera intentó Marienka acercarlo a sus labios.

—Hija mía—exclamó el rey de las minas—lo siento mucho; pero no hay aquí otra clase de pan.

Marienka comenzó a llorar y el marido se echó a reír a carcajadas. Su corazón era de metal, como sus dominios.

—¡Llora cuanto quieras—dijo el marido—pero te advierto que de nada ha de servirte tu llanto. Se han realizado tus ambiciones, y no tienes más remedio que comer el pan que has elegido.

De este modo permanece la rica Marienka en su castillo, muerta de hambre y buscando en vivo una raíz que aplaque el apetito que la devora.

Dios oyó sus votos para castigarla.

Tres veces al año, cuando la tierra se abre a la fecunda lluvia que el Señor le envía, vuelve Marienka a la tierra.

Vestida de harapos, pálida, desenchajada, va mendigando de puerta en puerta, considerándose dichosa cuando le arrojan algún mendrugo y recibe de un miserable lo que le falta en su palacio de oro; la limosna del pan y el beneficio de la piedad.

EDUARDO LABOULAYE

